



BASTIEN-LEPAGE. El deshollinador (Exposición centenal)

notarían las blusas sucias, los enormes zapatos, los semblantes pálidos, empolvados de hulla, los gestos de sombría desesperación y las actitudes de triste abatimiento. Entre esta multitud, bajo el pesado cielo, y entre los casucos y los tinglados harían circular gendarmes, cuyo grave y firme aspecto no se prestaría á la risa. Y así como M. Roll lo ha hecho, saldrían de su curiosidad de pensadores y de su maestría de pintores dos admirables cuadros de costumbres que serían páginas de historia.

Esta estrecha alianza, de hoy más inseparable, la encontramos en el más alto grado en el artista que acabamos de nombrar. Hasta en sus retratos se encontrará una fecha y un rasgo de carácter. Será, por ejemplo, M. Damoye como paisajista viajero en medio de la baraunda de una estación; ó M. Alphand, sorprendido en medio de los trabajos, solícito y atento á todo como director de las obras. ¡Magnífica pintura, cuyo diseño recién publicado por esta *Revista* es un buen recuerdo!

Por otra parte es preciso también cuidarse de esta otra tendencia del retrato: el retrato tiene cada vez más horror á los fondos neutros, indeterminados. El hombre vive en su medio, entre sus habituales ocupaciones, y no á lo largo de una pared gris ú oscura, á veces con el apoyo de una butaca ó de una mesa de conferencia. De aquí resulta que los buenos retratos de la Exposición decenal, el de Rops, por Mathey, entre otros, son también páginas de costumbres, ó bien aquellos en que M. Duez ha expresado tan perfectamente las mimosas delicadezas de las mundanas elegancias.



J. BRETON. El grito de llamada al anochecer

M. Gervex ha hecho una obra útil y duradera mostrando al doctor Pean en sus funciones de profesor y de la manera más sencilla y natural, rodeado de discípulos y enfermeros, á la cabecera de un enfermo, con los instrumentos y vendajes al alcance de la mano, dibujados con la absoluta precisión de las viñetas de un catálogo de Charriere, pero también con la paleta de un excelente pintor.

Lo mismo M. Brouillet, impresionado por el extraño drama de una lección de Charcot en la Salitrería. Aquí acaso se tiene más bien una serie de retratos que una reunión de hombres. Sea como quiera, no se puede menos de felicitar al joven artista por su tentativa, ni de alabar el carácter de meditación incisiva del profesor, tan exactamente comprendido y expresado, como también el gesto tan verdadero de la histérica, en cuyo favor se adivina, bajo el pincel del pintor, una piedad de hombre.

Otros van en busca del documento más preciso y más especial aún, á bien que no pierden el tiempo; pueden tener la seguridad de ello. Exploran, en efecto, las manufacturas y los laboratorios y se interesan en las máquinas y en los procedimientos. Cuando M. Rixens hubo estudiado el *Laminaje del acero*, se hizo perdonar su detestable *Don Juan*. M. Gueldry es el tipo de esos historiógrafos: todo le favorece y conquista nuestra atención en todo, sea para la oficina de química municipal, donde entre innumerables pruebas, M. Girard y sus ayudantes se atraen el odio fiero de esos otros químicos que llaman vinateros; sea para los talleres de moledores y fundidores donde el hombre se gasta en duros trabajos.

Y por otra parte ¿no ofrecen estas cosas á los ojos del pintor tantas y tan alegres sorpresas, tanta riqueza de color y de líneas como las armaduras y las púrpuras? Una mesa de químico reúne en sus bodegas y demás vasijas de elegantes curvas, líquidos,



cristales de un tono deslumbrador y admirable. Mauricio Eliot, uno de nuestros jóvenes pintores, ha sido tentado por este espectáculo y ha retratado á un amigo *operando reacciones* entre esos rubíes y esas esmeraldas fluidas.

Las clasificaciones son odiosas y perjudiciales. Si no fueran falsas y siempre artificiales, dividiríamos los pintores de costumbres, por razón de método ó comodidad de nuestro examen, en documentarios y en íntimos. Ciertos artistas, en efecto, permaneciendo y todo como tales pintores de costumbres, se preocupan menos de conservar una escena especial que de penetrar en lo íntimo y expresar bien un estado de ánimo. Así es como Eugenio Carriere, para referir los episodios, tan tiernos y penetrantes de la vida infantil, ha encontrado acentos de un encanto indecible. Para decir, por ejemplo, el *Niño enfermo*, la vaga inquietud que causa en el seno de la familia, ó bien aun la dolorosamente dulce emoción que trae la *Primera toma del velo*, el de la primera comunión, su manera se hace reservada, suave, tocando apenas las cosas para que resalte más la irradiación.

En esta escuela reservada y tierna, cuyo maestro absoluto es Eugenio Carriere, incluiremos á M. Tournés, que hace un buen cuadro sólo observando á una burguesita que se riza; á M. Perrandeau, que en una obra de más alcance, de un sentimiento enfermizo, ha tratado y casi resuelto, bajo el punto de vista moral, el triste problema de las clorosis arrabalescas. Son unas mujeres que esperan sentadas en la antesala de un clínico, y á pesar de todo lo lamentable del asunto, es una obra de arte que cautiva.

La infancia que Carriere vió tan amante y endeble, M. Geoffroy, guardadas todas las proporciones, en cuanto al valor pictórico, la ha estudiado más turbulenta y dura. Habiendo tenido la conciencia de establecer su estudio encima de una escuela, en un arrabal obrero, saca sus modelos del mismo. De esto resultan lienzos como la *Salida de la escuela*, el *Dictado*, reproducido en un pliego precedente, cuyo asunto supone mucho estudio de observación y es divertido de suyo, aunque no haga maldita la gracia á los refinados.

Tenemos nosotros cierta tendencia á olvidar que hay seres vivientes fuera de París. Es una fatalidad de la profesión de escritor. Por fortuna hay artistas aquí para recordarnos estos tres medios de fisonomía tan diferente: el distrito, la provincia y el campo. Del distrito es y será el dueño Raffaelli, aparte de sus exploraciones más felices en otras zonas. Nadie ha pintado, grabado como él los rentistas taciturnos, los traperos derrengados, los bebedores de ajeno bajo los viejos toneles de la taberna; los horizontes ingratos y los terrenos llenos de tiestos, cinturón poco dorado de la gran ciudad. La Exposición decenal presenta un rico surtido de obras suyas: la aristocrática figura de M. Goncourt al lado de obreros que empinan el codo alegremente; y la dormilona mundana roza sus encajes y batistas con traperos inmundos.

En los hogares de las ciudades departamentales, M. Friant ha estudiado con una precisión un tanto tierna tipos de honradas gentes, muebles y utensilios, no sin sabor local. Es un *intimista* provincial, que teme acaso demasiado omitir detalles. En medio de buenos retratos, distinguiremos un matrimonio en actitud de tomar el te matinal: es un notable lienzo, á que un ánimo pacífico y sereno se siente desde luego atraído. M. Buland estuvo igualmente inspirado cuando pintó, aun después de Monnier, los *Herederos esperando la apertura del testamento*; bajo la gravedad de sus semblantes, y á pesar de tan solemne emoción, se deja entrever la codicia: se ha visto en lo hondo del hombre.

También Dagnan Bouveret, como maestro pintor, ha referido la vida de ciertas comarcas y añadido á la variedad de sus enseñanzas una emoción personal.

Pero faltos de espacio, no podemos hacer un estudio especial de cada uno de estos artistas, como ellos merecen y quisiéramos nosotros. Sin embargo, tenemos que hacer menciones honoríficas hablando de M. Julio Breton, que puede por ciertos respectos pasar por realista, pero que es más bien un poeta; de M. Lhermitte que, en la *Prensa del lagar* y en las *Mieses*, dos páginas imponentes, es como siempre un buen traductor de la vida rústica, aunque en nuestro sentir, un poco inclinado á la abstracción escultórica; de M. Alberto Fourié, que ha visto, al contrario, de esta vida el lado exuberante y sensual; de M. Winter, observador muy grave de las costumbres flamencas; y de tantos otros, en fin, que como deseaba Bastien Lepage, *han hecho felizmente el retrato de su país*. Después, volviendo



DAGNAN-BOUVERET. Romería en Bretaña.

atrás, nos reprocharíamos la preterición de M. Jeannot, con su curiosa escena de los *Países*; de Juan Beraud, que tiene acaso demasiado arranque; de Víctor Marec, de quien hay en la decenal un mal melodrama, *Al otro día de la paga*, y la *Vuelta del Entierro*, que es un buen cuadro.

Bástenos haber intentado indicar las tendencias generales, que no pueden ser mejores, pues nos impelen nada menos que á conocernos á nosotros mismos. Después de esto, para no ser juez exclusivo, corregimos el conocido dicho de Courbet: «¿Por qué pintáis ángeles, si no habéis visto ninguno?» Admitimos muy bien que algunos de nuestros contemporáneos vean ángeles; por nuestra parte, no podríamos jurar que no los hayamos visto. Pero lo indispensable es recordar bien su figura; de otra manera, vale más pintar neciamente un bruto.

ARSENIO ALEXANDRE